# XI

## Que el Corazón de Jesús es el foco vivo del amor universal

En 1670, el venerable Obispo de Evreux, al aprobar para su diócesis el culto del sagrado Corazón y el Oficio compuesto á este efecto por el P. Eudes, se expresaba así: «Siendo el Corazón adorable de Jesucristo un horno de amor á su Padre y de caridad por nosotros, siendo además la fuente de una infinidad de gracias respecto de todo el género humano, tienen todos los hombres, especialmente los cristianos, estrechísima obligación de honrarle, alabarle y glorificarle de todas las maneras posibles.»

En el mismo año decía el Obispo de Coutances: «Siendo el Corazón adorable de nuestro Redentor el objeto de la dilección y complacencia del Padre de las misericordias, y estando recíprocamente todo abrasado de santo amor hacia este Dios de consolación, como también está todo inflamado de caridad hacia nosotros, todo ardiendo de celo por nuestra salvación, todo lleno de misericordia por los pecadores, todo lleno de compasión por los miserables; y siendo el principio de todas las glorias y felicidades del cielo, de todas las gracias y bendiciones de la tierra, y una fuente inagotable de toda suerte de favores para los que le honran; deben todos los cristianos esforzarse en tributarle todas las veneraciones y adoraciones que sea posible.»



Nada más cierto que esta doctrina.

El Espíritu Santo es el Amor mismo; el Amor eterno, sustancial y viviente. Por tanto Él reposa plenamente en el alma santa de Jesús: es como la luz que está toda condesada en el sol, y desde donde se esparce por el mundo. Mas no amando el alma del Hijo de Dios sino por medio del Corazón, al cual está unida, resulta que el Corazón sagrado de Jesús es el foco visible del amor divino en medio del mundo. «Es, como dice San Bernardino de Sena, el horno ardentísimo de la caridad que inflama y abrasa al universo.»[1] Y el fuego de este horno es el Espíritu Santo, es el eterno Amor.

El Espíritu de amor reposa y vive en el Corazón de Jesucristo, como una paloma en su nido. Arde con vivas llamas en este Corazón inefable, desde el cual se derraman en el corazón de todo lo que es capaz de amar.

El Corazón de Jesús es ante todo el foco del amor de Dios. Nuestro Señor ama á su Padre con amor absolutamente divino, puesto que Él es Dios lo mismo que su Padre, y ama á Dios con el alma y el Corazón de un Dios. Todo este océano de amor sin fon-

1 Fornax ardentissimæ charitatis, ad inflammandum et incendendum orbem terrarum. "(Serm. de Passione Domini, part. II, tit. 1.)"

do y sin límites pasa por el Corazón del Hijo de María, y de allí va á perderse eternamente en el seno del padre. Como un torrente irresistible, primero llena y después arrastra en pos de sí á todas las criaturas, Angeles y hombres, que quieren amar á Dios. Todo el amor de Dios, que hace palpitar el Corazón de la santísima Virgen, el corazón de los Serafines, Querubines, Arcángeles y Angeles; todo el amor que ha santificado á los Patriarcas, Profetas, Santos y fieles del Antiguo Testamento; todo el amor de los Apóstoles, Mártires y fieles de la Ley de gracia, todo este amor emana del sagrado Corazón de Jesús, como de una fuente inagotable, infinita. En el mundo de las almas el Corazón de Jesucristo es el sol del amor de Dios.

¡Oh Salvador mío! á Vos me entrego para unirme al amor eterno, inmenso é infinito que tenéis á vuestro Padre. ¡Oh Padre adorable! Por la Encarnación, la gracia y la Eucaristía me habéis dado á vuestro Hijo muy amado; mío es, su sagrado Corazón me pertenece. Os ofrezco, pues, todo el amor eterno, inmenso é infinito de vuestro Hijo Jesús, como un amor que es mío. Y del mismo modo que Jesús nos dice: «Os amo como mi Padre me ama,»[1] puedo yo también deciros, oh mi divino Padre: «Os amo como vuestro Hijo os ama.»

1 Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. «(Joan. XV, 9.)»



¡Oh! ¡qué gracia la de ser miembro de Jesucristo, y así poder amar por su Corazón, amar con su Corazón!

El divino Corazón de Jesús es igualmente la fuente del amor de la santísima Virgen. Después de su Padre celestial, nada ama tanto Jesús como á su santa Madre; ó más bien, como verdadero hijo suyo, la ama con el mismo amor con que ama á su Padre, no separándoles jamás en sus divinas ternezas. Y aquí también es por su Corazón, por medio de su Corazón, como el Verbo encarnado ama á la santísima Virgen, y comunica este filial amor á todos los corazones que se le sujetan. El amor que tenemos á la Virgen María, el amor con que la amaremos en el cielo por toda la eternidad, dimana, pues, como de su origen, del Corazón de Jesús.

Y lo mismo sucede con todo amor puro y legítimo, en el cielo y en la tierra: proviene de la Fuente única, de la Fuente viva del amor; del amantísimo y adorabilísimo Corazón de nuestro Salvador. Con demasiada frecuencia ¡ay! abusamos de este tesoro y apartamos de su verdadero objeto el amor que nos tiene nuestro Dios; pero, en sí mismo, este amor no por eso deja de ser un don purísimo, y profanarle es un verdadero sacrilegio.

De este modo, el Corazón que un tiempo palpitaba en la tierra y que palpita eternamente en el cielo en el sagrado pecho de Jesús, es el foco adorable y adorado del amor de Dios y del amor de las cria-

turas. ¡Oh! ¡cuánto debemos amarle! ¡Cómo debemos precipitarnos y perdernos amorosamente en este abismo de amor!

Pero, Salvador mío, soy pobre y miserable, y no puedo lanzar, como convendría, mi corazón sobre vuestro Corazón. Haced por mí, Jesús misericordioso, algo de lo que habéis hecho por algunos de vuestros escogidos; dignaos recibir mi débil corazón, y abismarlo, como el de vuestra sierva Margarita María, en el vuestro que está ardiendo de amor. Abrasadlo, derritid el hielo de su egoismo natural, y no me lo devolvais sin que esté transformado en una llama de amor, que en adelante me haga amar todas las cosas como Vos y en Vos.

## XII

### Cómo la santísima Trinidad vive y reina en el Corazón de Jesús

El sagrado Corazón de Jesús es el santuario vivo de la santísima Trinidad, que en él vive y reina en toda su plenitud: prueba verdaderamente divina de su inefable excelencia.

El Padre eterno reside en este Corazón admirable, como en el corazón de su amadísimo Hijo, en quien tiene todas sus complacencias.

El Padre engendra eternamente á su Hijo; le comunica eternamente su vida eterna; así, pues, vive y reina con él en el tiempo, en su santa humanidad, con esta misma vida enteramente divina que le da en la eternidad. El Corazón de Jesús es, en efecto, como consecuencia de la unión hipostática, el Corazón mismo del Hijo eterno del Padre. ¡Qué infinita grandeza! ¡Cuánto debe amar el Padre celestial al divino Corazón de Jesús!



Oh buen Jesús, grabad Vos mismo la imagen de vuestro dulcísimo y humildísimo Corazón en nuestros pobres corazones. Haced que estos tampoco vivan sino vida de amor hacia vuestro padre celestial, que por Vos y en Vos se ha hecho nuestro verdadero Padre.

El Verbo eterno vive y reina en este Corazón real, que le está unido con la unión más íntima que puede concebirse, es decir, con la unión hipostática. En virtud de esta unión, este Corazón, Corazón de carne, Corazón creado, es el verdadero Corazón del Verbo eterno, y es digno de la misma adoración que se debe al Verbo, que se debe á Dios.

¡Qué reinado el del Hijo de Dios en su sagrado Corazón! En el hombre el corazón es el principio de la vida, el asiento del amor, del odio, de la alegría, de la tristeza, de la cólera, del temor y de todas las demás pasiones del alma. En el Corazón de Jesucristo estas pasiones no tenían ciertamente el carácter desordenado que tienen en nosotros, pues estaban siempre y absolutamente sumisas á su san-

tísima voluntad; pero existían plenamente en él, y estaban maravillosamente sujetas á la divina voluntad del Verbo eterno. ¡Cuán hermoso reino!

¡Oh Jesús! ¿No sois Vos con pleno derecho Rey de mi corazón? Vivid en él, y reinad así sobre mis pasiones. ¡Ay! no están ellas en mí, como en Vos, sujetas á vuestra santa voluntad. Unidlas á las vuestras perfectísimas, y no permitais que sigan jamás otra conducta que la vuestra, ni obren por otro fin que por vuestra gloria.

La tercera Persona de la augusta Trinidad, el Espíritu Santo, inseparable del Hijo y del Padre, vive y reina igualmente en el Corazón de Jesús de un modo inefable. Este Espíritu de amor concentra en él los tesoros infinitos de la ciencia y sabiduría de Dios; le llena en sumo grado de todos sus dones, según estas divinas palabras de la Escritura: «Y reposará en él el Espíritu del Señor; Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará del Espíritu de temor del Señor.»[1] El Espíritu Santo fecundiza el Corazón de Jesús y le hace producir, como á una tierra divina, los frutos tan deliciosos y suaves que nos enumera el apóstol san Pablo: «Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad.»[1]

1 Et requiescet super eum Spiritus Domini: Spiritus sapientiæ et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiæ et pietatis, et replebit eum Spiritus timoris Domini. «(Isai. XI, 2.)»



Inseparables unas de otras, y no siendo más que un solo Dios, las tres divinas Personas viven, pues, y reinan juntas en el Corazón del Salvador como en el trono más sublime de su amor, el primer cielo de su gloria, el Paraíso de sus más gratas delicias. En él derraman, por decirlo así, á porfía, con sobreabundancia, y profusión inenarrables, luces incomprensibles, inmensos océanos de gracias, torrentes de fuego y llamas infinitamente abrasadoras, y todas las efusiones de su eterno amor.

¡Oh santísima Trinidad, Dios mío! alabanzas infinitas os sean dadas siempre por todos los milagros de amor que obrais en el Corazón de mi amado Jesús. Os ofrezco el mío con el de todos mis hermanos, suplicándoos humildemente que entreis en completa posesión de ellos, que destruyais en ellos todo lo que os desagrade, y que establezcais en ellos soberanamente el reino de vuestro divino amor.

¡Oh santísima Trinidad, vida eterna de los corazones! reinad en mi corazón por siempre jamás.

1 Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. "(Galat. V; 22.)"